

LA SEMANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
SAN MIGUEL NUM. 6-2.º

Precios de suscripción e inserción

En España 150 pesetas trimestre

En el extranjero 10'00 al año

Comunicados y anuncios a precios convencionales

No se devuelven los originales

SEMANARIO INDEPENDIENTE

¡Viva España!

Otra vez ha blasfemado el pueblo catalán. Un grupo de bastardos hijos que en ello demuestran el lodo de su procedencia se ha ratificado en su vil apostasía y ha manchado una vez más con su asquerosa baba el nombre glorioso de nuestra madre España.

El sagrado pabellón orgullo de nuestra raza que conserva los destellos de las glorias conquistadas en Tolosa y en Lepanto, ha sido ultrajado por una turba exasperada y ebria de cólera que a semejanza de los Angeles rebeldes han lanzado un *non serviant* y levantan orgullosos su cabeza para disputar la soberanía y romper los vínculos que le unen a la más cariñosa y buena de las madres.

Las autoridades de espíritu enfermizo y corazón de colegiala han permanecido impasibles ante el vengonzoso espectáculo que hizo rodar por los suelos el immaculado nombre de nuestra patria, pero la nación no podía consentirlo y al sentirse herida en lo más sensible de su corazón se ha conmovido y ha lanzado su anatema contra los autores de este atentado.

De todas partes han llovido las manifestaciones de protesta y desde la más populosa ciudad hasta la última y apartada aldea han paralizado su vida para gritar con la más estrecha unión contra los protervos ofensores de la tierra hispana.

Las Diputaciones, las Delegaciones, los Ayuntamientos, la Banea, el Comercio y en general todas las entidades que constituyen la vida de la nación han formulado su más enérgica protesta; a ella unimos la nuestra sumándonos a la prensa que con verdadero heroísmo ha combatido el antipatriótico acto en que

los blasfemos labios de unos torvos espíritus de Judas dieron un grito que se ha contrareteado por el de ¡Viva España!

M. C. V.

LA FÉ PERDIDA

sin la fé, la conciencia es un abismo y el peor enemigo es uno mismo.

CAMPOAMOR

¿Qué se hizo de mi fé? Desvanecida, destruida por necios barbaquismos, cayó por errores imeditada en el fondo insondable de un abismo.

¿Quién robarme se edón o ó imprudente?)

¿Quién el rumbo cambió de mi destino? ¿Quién apagó el fanal de luz potente cuya luz alumbraba mi camino?

La fé, que al mártir lleva hasta el suplicio a Colón alentó en ignotos mares; la fé al apostol lleva a los lugares en que ha de consumir su sacrificio.

En el Circo Romano el contingente vi la entereza y el valor cristiano; y, por el Grande A'ah lucha en Oriente con fanático ardor el Mahom. tano.

Mientras la fé confor a el alma humana tiene el ser el consuelo bendecido que le induce a e p r r a a mañana el bien que su v r t u d ha merecido.

Mas si la fé se pierde, ¿qué nos queda? ¿que norte guiará nuestra existencia? no logrará jamás la humana ciencia compensar el vacío que nos lega.

Pues hoy mi fe como pérdida lloro, venga el amor a consolar mi alma. Vuelva mi sér a recobrar la calma que ayer constituía mi tesoro.

INÉS JOVER

Murcia,

Un buen puesto

(CONTINUACIÓN)

La hembra se ha puesto muy desinquieta, con sus estúpidos saltos en la jaula parece protestar de mi torpez: se va serenando: ya canta otra vez, contentándose tres o cuatro machos. Se me va pasando el disgusto. Por detrás del puesto contesta uno de reclamo magnífico: muy reposado: mi Raquel no te

hace caso sin embargo, dirigiéndose a otro que está en la elección opuesta bastante largo; lo vió al venir y pareció despreciarlo. Entra por debajo de los cañones, muy tieso, recatoneándose, llega a la derecha del acho, subiéndose a la piedra más alta; es verdaderamente hermoso; sin descomponer su arrogante figura mira a la hembra como diciendole no estás enamorada de mí, pues aquí me tienes, se feliz, te hago esa gracia. Viéndolo se me aparecen esos pelos embuinados, de trabaia, guapos, luciendo la redondez de sus caderas, divinamente peinados, de cabeza preciosa por fuera y de alcomoque por dentro; adoptando igual postura en presencia de la mujer; dejándose adorar con método y cuidado no se estropee su linda figura, La Raquel ni siquiera lo mira. Le apunto con detenimiento no se me v - ya. Pum: lo he hecho un trapo. De mi pobre trofeo se elevan al cielo infinidad de plumas.

Aún no se ha extinguido el humo del tiro veo venir otro veloz, ciego, tropezando con todo, sin despegar el pico se dirige derecho a la jaula, se sube encima, comenzando aletear como un loco; el celo le domina de tal modo que no vé que los hierros de la jaula lo separan de su codiciado objeto; igual que muchos hombres que he conocido dando zarpazos sobre la carne de una inocente muchacha, sin previo amor, sin un tácito consentimiento, siquiera. A: poner los pies en el suelo lo he muerto. Estoy satisfecho; me estoy portando; he olvidado por completo mi fracaso.

Mi Raquel sigue cantándole al que está lejos, al que no viene, con los tiros se ha puesto más contenta: mirando a sus víctimas parece que le brillan sus ojicos. ¿Será el triunfo lo que la anima? ¿Sabrá que lo engaña y los trae a la muerte, o creará de buena fé que de los muertos tiene sus amores? ¿Tendrá alma de mujer como los machos la tenían de hombre?

El macho que le gasta a la Raquel se ha caído, ella se ha puesto triste y no ha vuelto a levantar la cabeza. ¿Se habrá enamorado de veras la que coqueteó con tantos, siempre fría, impresionable, igual con los vivos que con los muertos? ¿Creará en el amor de ese después de ver a tantísimos aprovechar que su hembra está calentando sus huevos para echarse en brazos de ella? ¿Será su orgullo lastimado ante uno que no se le somete? Lo cierto es que no va a volver a cantar más y me ha echado la llave.

Me he puesto a almorzar. El día está hermosísimo: el sol lo ilumina todo dando reflejos metálicos a las gises cimas de las montañas, a la sementera

esmeralda y oro a los oscuros e inmutables pinares. Bajo un cielo muy azul. El aire, las coplas de los que labran la tierra el arrullo apasionado de la paloma torcaz, los alegres trinos de los pájaros, todo me acaricia y envuelve en una ola de bien estar, de felicidad, de paz y de armonía; comparando este ambiente limpio sencillo y perfumado, con el sucio, artificial y empalagado de las grandes poblaciones reparo en el mal gusto de las gentes.

La Raquel canta al oír a su macho. Por la derecha oigo uno su r clamor es malo, tartajoso de tono tan fino que parece una hembra; poco a poco va acercándose a los apretones que dá la hembra; con tanto afán y cariño le trata que yo me inclino a creer se pitorrea del pobre tartajoso y afinado. Cada paso es una lucha titánica. A la media hora lo veo a la derecha entre unas chaparras. La Raquel le hace mil monerías y por fin asoma tímidamente la cabeza muy plumiliso, muy asustado; se me figura que debuta hoy en la comedia del amor. No descubriendo su cuerpo de ninguna manera le tiro; sale corriendo, volcamos el puesto Crispin (1) y yo partiendo veloces en su persecución: avanzamos casi igual llevando yo la desventaja de que tropiezo con todo, yendo de cuando en cuando al suelo; me anima pensar que yendo herido se causará antes. Voy luchando con Crispin que no quiere lo mate, con el calor y la fatiga que aumentando por momentos promete vencer mi brío. Consigo dominar a Crispin, hago un supremo esfuerzo y aprisiono al que huye.

Justeante me vuelvo al puesto; la Raquel nos mira a tónita.

Estoy muy contento por haberlo cogido vivo; reconocido minuciosamente con sumo cuidado y delicadeza, resulta no tener más que una herida en el ala izquierda. Entre mis manos siento palpita su acelerado corazón; me mira con sus rubios y cándidos ojos y parece decirme: ¿porqué me has herido? yo no he hecho mal a nadie, si fui mal fué arrastrado por el ejemplo y consejos de los amigos y la fascinadora sugestiva de ese demonio de hembra que me ha vuelto loco, siendo causa de mi perdición: yo soy muy bueno.

Sintiendo en mi mano el calor de su sangre que fluye de su herida se me parte el corazón: en sus ojos me parece ver la misma expresión de aquella mujer también rubia, que abandonándolo todo por mí, encontró como recompensa una injuria que le abasó la cara de vergüenza y dolor: tenía celos y le dije, te portas como quien eres una... mala mujer. Con los ojos llenos de lágrimas me contestó estas palabras que se me han